

AÑO I.

# La Unión Republicana

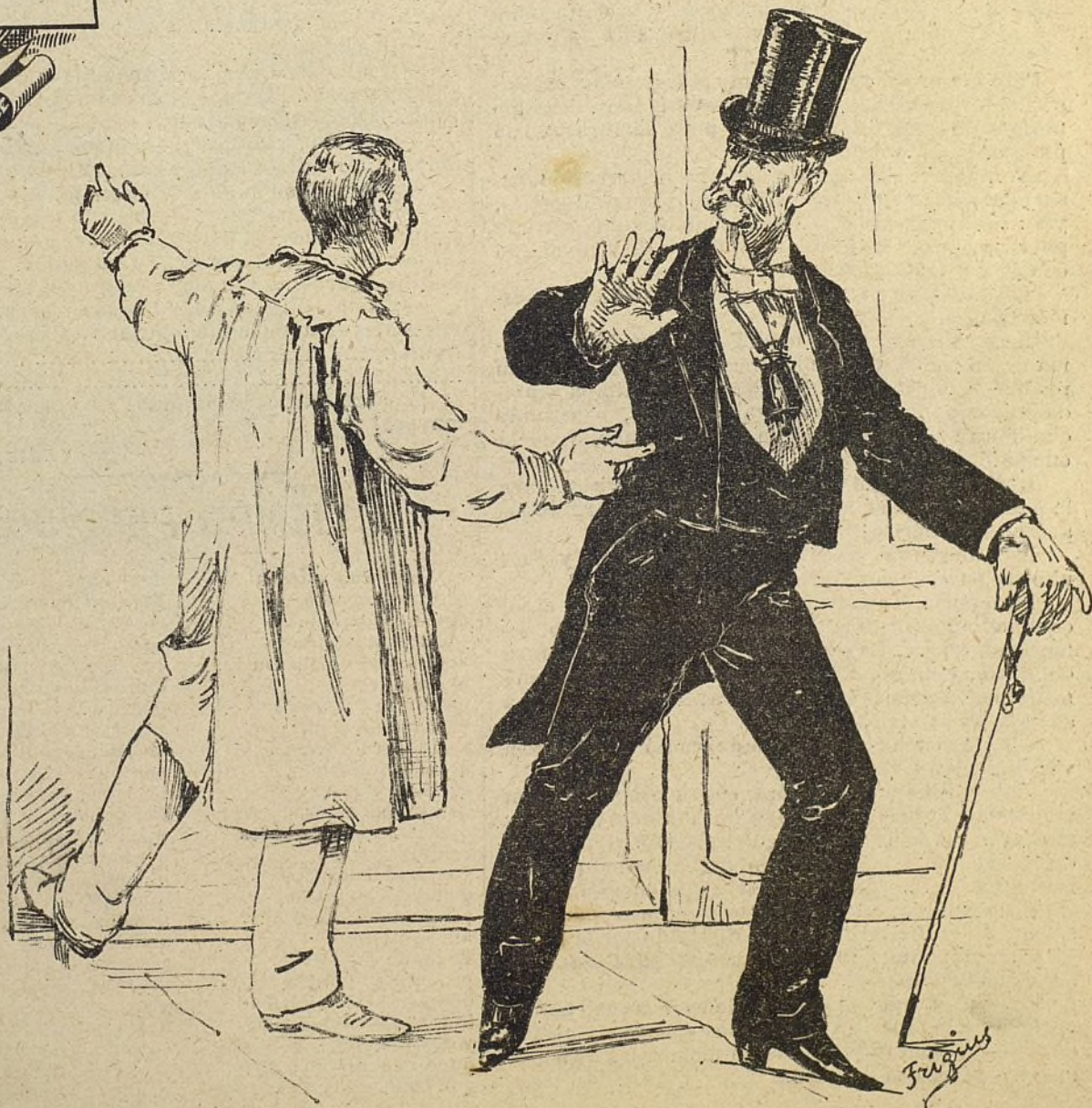
CADIZ.

SUPLEMENTO ILUSTRADO

SUSCRIPCION, 50 CÉNT.  
NÚMERO SUELTO, 15 CÉNT.

NÚM. 17.

LA NAVAJA Y LA POLITICA



—Maestro, que D. José quiere que Vd. lo afeite.  
—Pues dile que yo me debo á la patria, y que no me ocupo ahora de cosas tan riquiticas.

Ayuntamiento de Madrid



CÁDIZ 28 DE ABRIL DE 1895

## Balance



hora, lo que más preocupa la atención pública es el mal sesgo que van tomando los asuntos de Cuba, y las muestras de trajes de primavera.

La presente estación, cantada por todos los poetas más ó menos hidrófobos, tiene á pesar de sus perfumes y de sus «verdes galas», una desventaja enorme sobre las otras estaciones; y es que, no sé si por efecto de la suave brisa ó de las campesinas áuroras, se revolucionan los malos humores, y brotan granos y diviesos hasta en la dentadura.

Pero eso no «obsta» para que muchas señoritas salgan todas las tardes por esos paseos de Dios, luciendo abrigos de confección casera y unos sombreros con plumas de dudosa procedencia.

Y mientras en Cuba aumenta la insurrección, susurra el viento entre las palmas del parque Genovés, y varias apreciables jóvenes echan cálculos sobre el porvenir que se les presenta en forma de sietemesino con su gardenia y todo.

Los idilios se suceden sin interrupción en el hermoso paseo.

La otra tarde, Esperanza Tapaderín, hija póstuma de un contratista de la limpieza pública en un pueblo de la provincia de Albacete, se hallaba sentada en compañía de su respetable mamá, esperando que dieran las cinco, hora en que sale Juanito de la oficina.

Esperancita, que es un poco bizca, miraba para la puerta del paseo, con esa impaciencia febril de los amantes primerizos.

Pero dieron las cinco y las cinco y media, y Juanito sin parecer por el Parque.

La señorita Tapaderín, á medida que se iba el sol ocultando detrás de la cascada, se iba poniendo color de chocolate. La desesperación por la tardanza del novio, y una debilidad extraordinaria en el estómago por lo avanzado de la hora, hicieron acudir á sus ojos un raudal de lágrimas.

—¿Qué tienes hija mía?—le preguntó la mamá con voz de teniente cura.

Pero la niña no contestó; secóse las lágrimas con un pañolito algo sucio, elevó su mirada al cielo, retratóse en su faz una expresión de apetito mal reprimido, y sacando de un bolsillo del gabancito verde medio bobito, mordiolo con furia y silenciosamente.

Un presbítero que vestido de «hombre» leía en el asiento de enfrente *La Lidia*, distraído por tan trágicos movimientos, levantó sus ojos para fijarse en sus vecinas de paseo.

Esperanza, que no cesaba de roer aquel bobito antidiuviano, volvió á clavar sus ojos en la puerta del Parque esperando que de un momento á otro asomara la cabeza su Juanito.

Pero ¡ay! el infame no venía.

El presbítero, hombre casto y propenso á ruborizarse, ignorando la preocupación de Esperanza y el verdadero objeto de las miradas de aquella doncella de abrigo verde, notó, chocándole extraordinariamente, la insistencia con que la joven le miraba.

Pero no era así; la púdica Esperanza no se acordaba para nada del lector de *La Lidia*: más como era bizca, sus miradas, dirigidas á la puerta del jardín, iban involuntariamente al asiento de enfrente, siendo causa de la alarma del buen presbítero.

De pronto se estremeció la joven; acababa de entrar Juanito, que se aproximaba pálido y demacrado.

Llegó hasta el asiento, y después de saludar á su mamá política, díjole á su amante:

—¿Te he hecho esperar mucho, ciélin? ¡Perdóname, vidita, pero ya te explicaré la causa de mi tardanza!

—¡Cuánto me has hecho sufrir!—contestó ella oprimiéndose el estómago;—pero, ¿no te sientas?

—¡No, vida mía!... ¡No pronuncies esa palabra!—repuso él poniéndose amarillo canario.

Esperanza, alarmadísima por la expresión terrorífica de su adorado, le preguntó con temeroso acento:

—¿Qué te pasa, Juanito de mi alma?

—¡No, nada!...

—¡Tú me engañas!...

—¡Esperanza!...

—¡Ya no me amas!... ¡Me ocultas la causa de tus sufrimientos!... ¡Te niegas á sentarte á mi lado!... ¡Oh!... ¡Qué desgraciada soy!

—¡No, Esperanza!... ¡Perdóname, te lo diré todo, todo!... ¡No sufras, ángel mío!... ¡Mira!...

—¿Por qué no quieres sentarte junto á mí?

—Porque... porque...—repuso él tragando saliva y aproximándose al oído de la joven:—como estamos en Primavera, ¿oyes?... y yo padezco tanto de la bilis... ¿oyes?... y... me salen granos en la piel y...

—¡Basta!—dijo ella dándole las gracias con una mirada, que también fué á parar al presbítero de enfrente.

Y como éste, cuántos idilios «se verifican» en primavera!

FIGARITO.

## ¡TIEMPO PERDIDO!

¿No fueron ustedes al Ayuntamiento el viernes pasado? Pues se la perdieron porque no escucharon el gran tiroteo entre don Francisco el alcalde nuevo, y el señor de Torres el del talle esbelto, el *leader* fogoso de los fusioneros, que habla por los codos con tono severo y echándola siempre de orador correcto. ¡Y qué buenas cosas allí se dijeron! El citado Torres protestó muy serio de que al pobre Castro le roan los huesos y digan algunos que tiró el dinero que había en la caja

del Ayuntamiento. El señor Meléndez contestóle á tiempo, «que él argumentaba con datos muy ciertos que en Contaduría escritos le dieron, y que se dejara de discursos huecos porque con los números no caben floreos.» Pero el otro, el Torres que es un «punto» bueno y que no se apura ni conoce el miedo, dijo «que los números según su criterio significan poco ¡y se rie de ellos! Que el alcalde Castro y sus compañeros han administrado con muy gran acierto, y que en cuanto á honrados, ni aquí ni en el cielo



habrá quien iguale  
á los de Carreño.»  
Escuso decirles  
que al escuchar esto  
soltaron la risa  
¡hasta los maceros!  
El público todo  
comentó el suceso  
con bromas y toses,  
y se fué diciendo:  
—¡Jesús que descaro  
gastan ahí dentro,

y cómo se esfuerzan  
esos caballeros  
en hacer á Cádiz.  
ver lo blanco, negro!  
¿A qué esos trabajos,  
si todos sabemos  
el fin desastroso  
que tuvo el dinero,  
y ya nadie ignora  
que Castro es un muerto  
á quien no «levanta»  
ni la grúa del puerto?

ANGEL GUERRA.

## LOS FÚNEBRES

Era preciso ser el mismísimo Mesonero-Romano, para poder describir con propiedad á esos tipos cosmopolitas, que lo mismo atormentan á los mortales en las melancólicas riberas del azulado Rhin, que en las siempre verdes y risueñas de nuestro Guadalquivir famoso.

Allí como aquí, nadie puede librarse de sus feroces acometidas, así se escondiera bajo el manto de la misma Virgen, toda vez que como adoptan diferentes antifaces no pueden ser conocidos á las primeras de cambio.

Así es, que presentándose de improviso uno de la «familia» en el cuarto de un pobre convaleciente de hemotisis, por ejemplo, le dice dándole un golpecito cariñoso en la mejilla:

—¡Chico! qué delgado te vas poniendo, y que despegadas tienes las orejas.

Mira, no te lo digo por asustarte. Tu madre murió tísica. Tus dos hermanos lo mismo; y no te digo nada de tu tía Presentación.

En tiempos de epidemia, tiene el gusto de recorrer á las siete de la mañana los domicilios de sus conocidos, para saludarles desde el patio con estas fatídicas palabras:

—¡Ayer, cincuenta y cuatro y medio!—valiéndose de esta última fracción aritmética para designar el fallecimiento de un niño.

Y por regla general y en todo tiempo, averiguando con ansias de tigre cuando muere alguno en Filipinas ó Cuba, para enseguida presentarse en casa de sus parientes, y sin decir «agua va» soltar la siguiente andanada:

—¿Ustedes tenían en Balanguingui, un sobrino llamado Timoteo, comisionista en peinetas de cuerno?

Y si le contestan que sí, replicar:

—Pues encomiéndelo usted á Dios, porque ha reventado.

Confieso que siempre me han cargado los funebres, hasta que me enteré que ayer se presentó uno en casa de Ríos Acuña y le dijo:

—¿Ha cobrado usted ya las primeras veinte pesetas? Pues mucho ojo, porque si las cobra va á tener un cólico cerrado.

Desde ese momento adora al «fúnebre» con toda su alma, el averiado

Bargossi.

27 Abril de 1895.

## PAPIROTAZOS

El señor de Murillo,  
buena persona,  
que de formal y recto  
mucho blasona,  
por las señales  
es el «guapo» del gremio  
de concejales.

Pues con unos desplantes  
y una arrogancia  
que nadie ha puesto en uso  
ni aquí, ni en Francia,  
da unos consejos  
que han llenado de asombro  
hasta á los viejos.

Y al pedirle el cacique  
le diera un modo  
para en las elecciones  
«ganarlo todo»  
el gran Murillo  
pronunció este discurso  
breve y sencillo:

«Se «rellenan» las actas  
desde temprano,  
y el que no se conforme  
llame á Cachano.  
Si alguno chilla,  
se le manda á la cárcel  
con muletilla.

Que un elector protesta:  
se echa á escobazos  
y se le dan al punto  
dos estacazos,  
para que ande  
ligero, y no proteste  
contra el que mande.

Y este es el mejor medio,  
y el más corriente,  
aunque se escandalice  
luego la gente.  
No hay sofocones  
y se ganan jugando  
las elecciones.

Y yo digo, ¡canastos  
con el abuelo!  
¡y con qué desahogo  
suelta el mochuelo!  
¡Señor Murillo!  
¡que esas cosas son propias  
de un caciquillo!

Defender el chanchullo  
con esa flemma...  
¡eso no es tolerable  
ni en Graza!ema!  
Vuelva usted en sí  
que eso es hacer el oso,  
¡créame á mí!

Además, su proyecto  
llega muy tarde  
y es propio de los tiempos  
de Calomarde,  
en los presentes  
tiene muchos y grandes  
inconvenientes.

Así pues le aconsejo  
que se modere  
y que desista pronto  
de lo que quiere,  
pues á sus años  
esos ardores «póstumos»  
¡son muy extraños!

CELIPIN CENTENO

## DEL NATURAL

Camuñez era indudablemente uno de los mortales más «mañosos» de la capital.

Lo mismo reformaba un sombrero, que condimentaba una paella; igual componía una pieza musical que echaba medias suelas á unas botas, llegando al extremo de confeccionar todos los vestidos de su señora.

Una vez quiso demostrar sus buenas condiciones para poeta, y publicó un epitalamio, en *La codorniz celosa*, encomiando los presupuestos de Gamazo, poesía, que hizo muchísimo ruido en todos los centros políticos y literarios.

Pero en lo que había que verle era ejerciendo de galeno.

En la casa que vivía, habitaba también un señor canónigo que venía padeciendo agudos retortijones de tripas desde que leyó de un tirón, después de una opipara comida, la Biblia en verso de Carulla.

En uno de los días de ataque, se encontraba allí, afortunadamente, Camuñez, el cual reconociendo con toda escrupulosidad al paciente, exclamó:

—Esto no es nada; gases, todo gases; para que estos salgan es preciso colocar al enfermo de diferente postura; pongámosle cabeza abajo. Y así se hizo; el pobre señor no quería ni á tres tiros, pero entre todos los parientes lo retuvieron en aquella posición por espacio de dos horas largas. Desde aquel día el canónigo mejoró visiblemente: solo con nombrarle á Camuñez, le desaparecía el dolor instantáneamente.

\*\*\*

Entre los muchos amigos con que contaba Camuñez figuraba en lugar preferente D. Emeterio Tarugo, abogado consultor de *La Liga de fabricantes de sinapismos* y aspirante perpétuo á diputado. Sabedor Camuñez de esta última circunstancia, procuraba, como era natural, sacar de ella todo el partido posible, y en la suntuosa morada de D. Emeterio, estaba metido continuamente, ya componiendo un nuevo *colorete* para la señora, ya cortando de una chambra usada un traje para el pequeño, ó arreglando la dentadura postiza del futuro diputado; puede decirse que Camuñez era el alma de aquella casa.

Un día, ¡memorable día! el Sr. de Tarugo iba de recepción; Camuñez lo encontró por la calle y notó que llevaba desatada una cinta de los calzoncillos.

—D. Emeterio, permítame V.—dijo Camuñez en humilde tono y agachándose para amarrarla.

—¿Pero, qué hace V.? no se moleste....

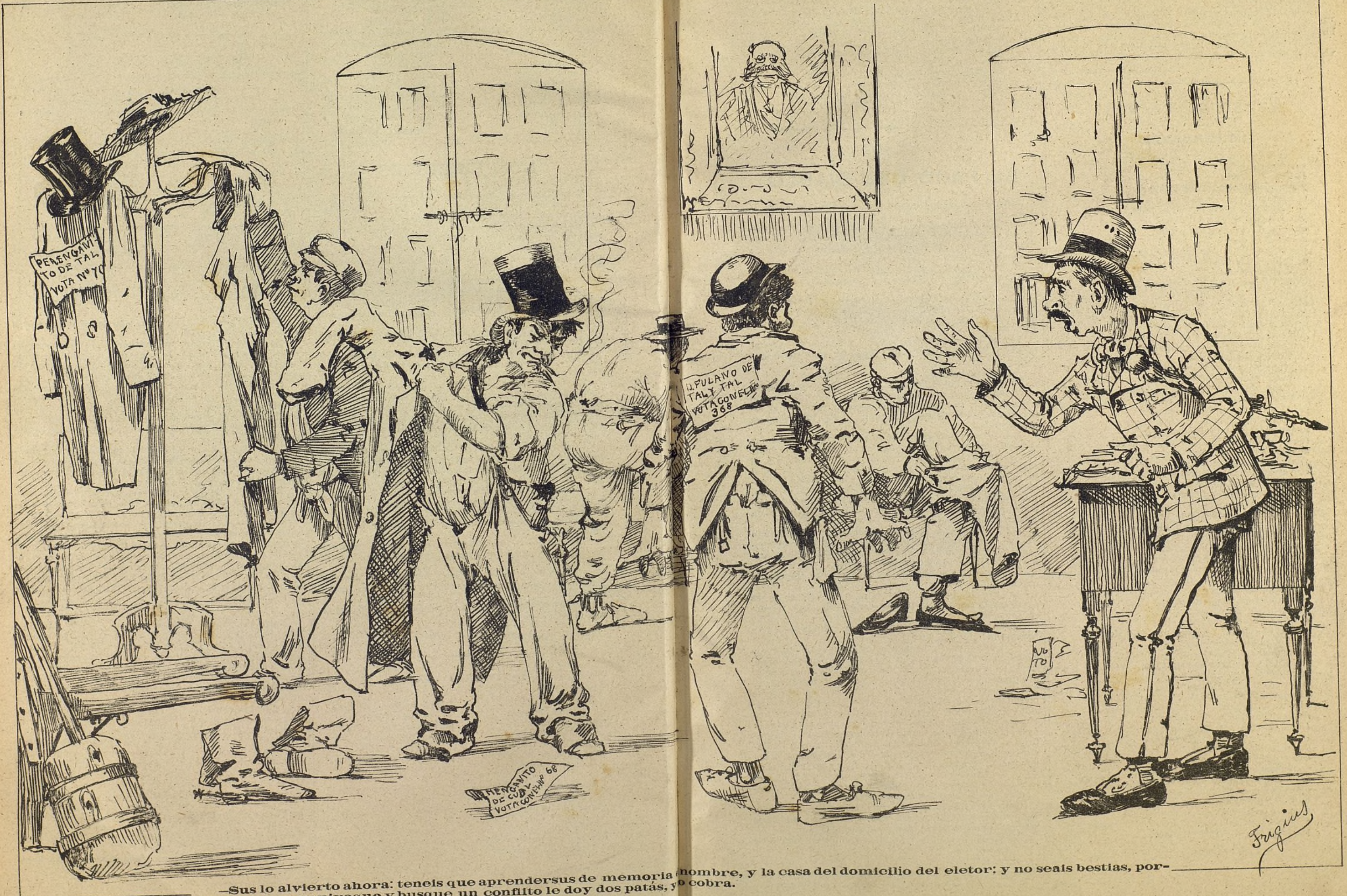
—De ningún modo: yo no puedo consentir que se ponga V. en ridículo enseñando la cinta de los calzoncillos.

—¡Oh! gracias, V. me ha salvado, Camuñez—respondió Tarugo:—el día que logre alcanzar el puesto que merezco, obtendrá V. la debida recompensa.

No hay que decir que tanto Camuñez, como su señora,



# ENSAYO GENERAL





esperaban con ansias terribles la elevación de D. Emeterio, por creer segura la pesca de un gobierno civil.

Y no se equivocaron.

En las pasadas elecciones D. Emeterio, fué elegido por Vitigudino papá nacional, y consecuente con su palabra ha hecho Poncio de tercera al mañoso Camuñez.

Y ahí tienen ustedes á la administración de una provincia dependiendo de la cinta de unos calzoncillos.

José Jurado.

## Nuestros versos

### LA VENGANZA

Por las angostas calles de Sevilla  
caminaba Lolilla,  
la linda cigarrera  
flor y gloria del barrio de Triana,  
con los ojos clavados en la acera,  
en aquella de Abril, fresca mañana,  
y... ¡cosa rara! el vivo taconeó  
que con el leve roce de la cola  
encendía el deseo  
por donde quiera que pasaba Lola,  
se había convertido  
en desigual ruido  
exento de compás y ligereza,  
y caminaba sin llevar prendido  
ni siquiera un clavel en la cabeza.  
¡Cuidado si tenía  
coraje y mal humor la trianera!...  
¿Quién había de pensar que la osadía  
de Paca, de su amiga y compañera,  
llegara hasta el extremo  
de proponerle el corazón y el oro  
de doa Justito, el señorito memo  
que pasaba en *landó* por las mañanas,  
creyendo que alcanzaba su tesoro  
caricias á comprar de sevillanas?  
Y no era esto tan solo  
lo que causaba su profunda queja:  
¡en la noche anterior, no había en la reja  
acudido á la cita su Manolo!  
¡Manolo! el mejor mozo, sin rodeos,  
que atravesaba el puente de Triana  
para expresar al pié de una ventana  
juramentos, amores y deseos;  
aquel, por el que ella fué la envidia  
del taller, demostrándolo montones  
de anónimos cubiertos de perfidia,  
de calumnias y mil acusaciones;  
aquel que los novillos toreaba  
en el ancho corral del matadero;  
el que en su reja aromas aspiraba  
de la flor del naranjo y limonero,  
y entornando los ojos  
con suplicante voz besos pedía,  
mientras ella fingía  
el más falso de todos los enojos.  
¿Estaría enfermo? No, que buen cuidado  
tuvo él en distintas ocasiones  
de mandar un recado  
con Rita, vendedora de mantones;  
Algo grave pasaba,  
y por eso la bella cigarrera  
ni reía, ni flores ostentaba,  
ni sus ojos alzaba  
del ceniciento asfalto de la acera.  
Dobló una esquina; cerca se veía  
la fábrica, y un grupo que acudía  
en tropel más vistoso  
que enjambre de doradas mariposas,  
contestando con frases ingeniosas  
la pulla que lanzaba algún «gracioso»,  
distrajo la atención por un momento  
de Lola, que al mirar á la otra acera,  
después de un convulsivo movimiento  
emprendió como loca una carrera.  
¡Era Manolo, sí, más no iba solo!

¡Jesús!... ¡con Paca!... ¡hablándola al oído!

¡Ya estaba comprendido

el consejo, y la ausencia de Manolo!

¿Y había de sufrir aquella afrenta?

¡Jamás!... Y más ligera que una ardilla

llegó al grupo Lolilla

sin que apenas se diese nadie cuenta.

Sonó una bofetada,

después una blasfemia, luego un grito,

Lola lanzó una alegre carcajada

y dijo:—¡Ahora... me voy con don Justito!

Miguel Rey Rivadeneira.

### SIN POLÍTICA

## EL PAGO DEL DIABLO

Entró ella en el gabinete, febril, agitadísima, ahogándose....

Aquella carrera en pleno día, cubierto el sudoroso rostro por el espeso velo, y buscando las calles más solitarias para no ser vista, era cosa que la desataba los nervios de un modo horrible.

Ella recibió aparentando un júbilo que no sentía en su alma.—¿Había novedad? ¿La vió alguien? ¿Sospechaba el «otro»?

Y después de este aluvión de preguntas lanzadas en tropel, poniendo oído á los rumores de la escalera como quien teme una sorpresa, la dió un beso tranquilo, reposado, frío...

Ella se hizo atrás rápidamente, y mientras deshacía el tocado que la ocultaba el rostro, díjole con marcada intención:

—¡Si tienes miedo!...

El otro sintió el latigazo en plena cara y no contestó.

Pesábale como enorme piedra, aquel amor maldito que á despecho de su honradez se le había entrado por el alma, atropellando cuanto de sagrado y respetable hay en el mundo.

Mil veces intentó sacudir el férreo yugo y otras tantas débil é irresoluto aplazó el rompimiento. Tenía que venir éste, de modo inevitable, ciertísimo. ¿Pero cómo? Y el amor propio, el orgullo de no ser él quien diera la señal de retirada, mataba en flor los nobles impulsos de la conciencia que le gritaba que aquello era un crimen, un robo, una infamia que no podía encontrar disculpa en la irresistible pasión que le arrojaba en los brazos de la impúdica y hermosísima hembra.

Ella, sentada con delicioso abandono en un extremo del sofá, aparentaba no mirarlo. Pero, ya sabía lo que podía esperar de aquella turbación, de aquel silencio ridículo y embarazoso que guardaba el amante.

Una vez que sus miradas se encontraron, fué ella la que habló:

—¡Atrévete, hombre! Atrévete, y acabemos: ¿crees acaso que se me ocultan tus propósitos?—Y luego riéndose irónicamente:

—¡Oh! ¡son terribles estos moralistas, cuando se sienten tocados de la divina gracia!

—No es por mí: créeme: díjole él, con acento grave y conmovido. Es por tí, por tus hijos, cuyas frentes salpica el fango de la deshonra, por quienes me decido al sacrificio. Si cobarde es la traición, más infame es el resistir la enemenda por estúpidos y vanos miramientos. Sé que te pierdo de una vez. No espero que ahí dentro de ese corazón que latió tantas veces junto al mío se levante una voz que me sincere á tus ojos... pero no importa: más grande es el sacrificio que lleva aparejada la certeza de la ingratitud... ¡Vete! ¡te lo suplico! ¡sé honrada!... Vuelve á llenar con los resplandores de la madre y de la esposa el hogar vacío... Y ahora, en este momento, en estas horas de dolor, te lo confieso... no; eso es poco: ¡te juro por la memoria de mi madre, que te quiero más que nunca!—y trataba de alcanzar sus manos para besárselas.

Como fiera que se siente herida rechazóle ella con violento empuje, y livida, temblorosa, sofocando la rabia que la cegaba, púsose de pie en actitud amenazadora.

Envolvióla él en una mirada suplicante en donde se



reflejaba la ruda batalla que sostenían en su interior el deseo y el deber, y ya sintiéndose cobarde tendía sus brazos a la adúltera, cuando ésta, con un ademán rápido y gracioso envolvió su cabeza en el tupido velo, y de un salto ganó la puerta...

Y desde allí, clavando en el joven una mirada de infinito desprecio, escupió más que dijo:

—¡Canalla!

Joaquín Navarro.

Abril 27, de 1895.

## "BOUQUET"

Desde la ventana  
me puse a mirarlo  
y lo vi que estaba contando dinero  
¡dinero robado!

Si un pobre hiciera lo mismo,  
a estas horas lo llevaban  
caminito de presidio.

No hace una semana  
pescó el *destinejo*...  
¡y vive en un piso de catorce duros  
y tiene seis ternos!

Eres más feo que Picio  
y también «quieres querer».  
Anda que te coja un toro.  
ó vete con Genovés.

Vivir en España  
qué triste vivir...  
morir entre piñas y cañas de azúcar...  
¡que dulce morir!

¡Válgame San Dimas!  
¡qué cambian los tiempos!  
hoy se roba y se roba y se roba...  
¡y el pueblo tan quieto!

¡Valiente grupo de gangas!  
el que no es una garduña,  
es un simple papanatas.

Paliza y Compañía.

## Retazos

Ayer me enseñaron una caja de fósforos perfectamente precintada y sin muestras de fractura: vamos, una caja «completamente virgen».

Pero como el dueño abrigaba sospechas de que no tenía el número de fósforos que marca la Constitución, la abrió ante testigos... y en efecto, le faltaban 13 fósforos.

Problema: ¿quién sustrae los fósforos? ¿La arrendataria, el fabricante, ó el expendedor?

La víctima, según declaración espontánea ya ha notado varias veces el mismo fenómeno.

Menos mal; ya no se muere con la duda de que lo están robando.

Y algo es algo.

¿A qué mostrarme desvío,  
ni mirarme con desprecio,  
si al cabo de la jornada  
se han de juntar nuestros huesos?

\* \*

Dije una vez a una chula:  
—¿Quiere usted acompañamiento?  
Y me contestó:—No; gracias...  
¿Soy yo, acaso, algún entierro?

P. PINILLOS.

Me han dicho que siguen sacando plantas y macetas del Parque, para llevarlas de regalo a casa de un caballero particular, que no sé por qué goza del privilegio de adornar su domicilio con lo que nos ha costado a todos el dinero.

A mí me parece—salvo mejor opinión,—que ya que ese «caballero» no tiene reparo en hacer lo que hace, el señor alcalde debía poner en claro lo que haya en el asunto é impedirlo a todo trance.

Porque la cosa tiene todas las apariencias de un robo. Y puede que lo sea, ¡porra!

Charada.

Si andando por el campo, fatigado  
hallas una *primera-dos-tercera*  
y una *segunda-tres* te brinda el dueño,  
*prima-tercera* y toma; te trae cuenta.

## POR TELÉGRAFO

(DE NUESTRO SERVICIO PARTICULARÍSIMO)

Varias noticias

Madrid 27.

Aunque por su confusión—nadie lo podrá aclarar,—lo querremos insertar.—(Nota de la Redacción)—Campos fusila. Sagasta—pilón y Cánovas llueve—barco perdido. La nieve—bola dinero ya gasta.—Zanjón, ladrones vendrá—millón duros. Traga mucho.—Victoria grande. Serrucho—garganta que cortará.

CLARITO.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

*Tirabeque*.—El artículo se publicará cuando haya oportunidad: hoy resulta fuera de ocasión: paciencia.

*Sastre*.—No por Dios, eso no hay lector que lo resista.

*Centellas*.—Flojo el final y muy viejo el chiste. No hay que desanimarse y sepa que tengo un verdadero empeño en complacerle.

*Jalapa*.—Como explosivo no tiene precio. Eso se arroja en medio de una partida de filibusteros y no quedan ni los rabos.

*Yo y el otro*.—Uno solo y en los *Retazos*.

*Carrasclos*.—Muy bonitos. Lástima que se hayan publicado hace tiempo en el álbum de la *Ilustración Ibérica*.

¡Pejel...

*Carulla*.—Apesar de su modestia, vale Vd. muchísimas pesetas. Todo lo enviado sirve. ¡Ah!, lo del queso nos ha hecho reír en grande. ¿Reuniendo varias cosillas, me autoriza usted a que le ponga su verdadera firma?

*Riquitrum*.—La constancia de usted merece un premio que voy a darle ahora mismo, publicando una de sus poesías:

«Por la calle arriba  
iba yo un día  
y ví a la muchacha más hermosa  
del barrio Santa María».

Ea, ya está usted complacido. Ahora si los lectores le desean la muerte, yo no tengo la culpa.

*Cualquiera*.—No, cualquiera no escribe esas indecencias. Para eso es necesario haber nacido sin pizca de vergüenza.

*Josué*.—Larguísimo y poco nuevo que es lo peor, respetable israelita.

*Fray Antón*.—No, padre: esas porquerías suenan mal en boca de un presbítero que se estime en algo.

*Raqueta*.—Un millón de gracias, porque su amabilidad nos abruma. Los cantares muy tontos.

*Ricardito*.—Una sosería—de marca mayor—deje la poesía; métase a agnador.

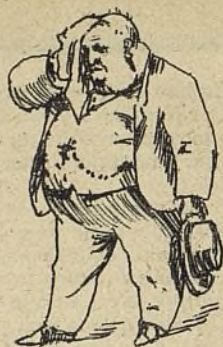
Imprenta de La Unión Republicana



## ¿QUÉ DESEAN USTEDES?



—Una máquina de Singer,  
para hacerle ropa blanca  
á un flamenco que «distingue.»  
Columela (Depósito).



—Que me construyan un baño,  
muy bonito y muy lujoso  
con azulejos de Aguado.  
Cobos, 6 (Depósito).



—Eso, ni que decir tiene;  
yo necesito al momento  
que me traigan veinte roscas  
del pan que vende Merello.  
Rosario, 27.



—¿Lo que yo más deseo  
hoy en el mundo?  
Una sortija fina  
de las de Estrugo.  
Juan de Andas, 24.



—Con las carnes casi fuera  
y facha tan indecente,  
¿qué he desear? —Un terno  
de la sastrería de Verde.  
S. Francisco y S. Barcáiztegui.



—Dos copas del selecto  
de Ruiz Pomar,  
que es un vino, divino,  
¡no hay más allá!  
Vargas Ponce y Amargura.



—Que le den un paseito  
en un coche de Cabello  
—¡Pues no es tonto el angelito! —  
Oficinas (P. de Fragela).



—Amontillado Blazquez  
del oloroso  
que para los toreros  
es el gran tónico.  
Novena 2 (Escritorio).



—Que para estar elegante,  
mi novio Pepito Charco  
se mande hacer cuatro ternos  
en la sastrería de Ratto.  
Ancha (Sastrería).



—Yo cun dos ú tres *chiquitas*  
del vinu de Chateau,  
me tengu por el jallegu  
más feliz de todú el barriu.  
Ancha, 7 (Aranda y Navarro)



—Hacerme un buen uniforme  
con el finísimo paño  
que venden Tovia y Gómez.  
Columela y Verónica.



—Que haya muchas suscripciones  
para tomar en *La Cita*  
unas cañas y ostiones.  
Nueva, núms. 1 y 2 (Café.)

## SUPLEMENTOS ILUSTRADOS

á «La Unión Republicana»

Director literario: **ANGEL GUERRA.**—Director artístico: **FRIGIUS,**

Los Suplementos ilustrados constan de ocho páginas: cuatro de texto y cuatro de dibujos de actualidad, etc.

**Se publican todos los domingos**

Precio de suscripción: 50 céntimos al mes.—Número suelto 15 céntimos.

Es el periódico ilustrado más barato de Cádiz.—La correspondencia al director del Suplemento.